¿Por qué Jesús se esconde cuando más lo necesitas? – Charles Spurgeon

El Cantar de los Cantares y la relación amorosa con Cristo

El Cantar de los Cantares 2:16-17 describe una profunda relación de amor entre el amado y su amada mediante la expresión: “mi amado es mío y yo suya”. La imagen del amado comparado con un corzo o cervatillo que corre sobre los montes refleja dinamismo, belleza y cercanía espiritual. Esta declaración representa una unión basada en la devoción, la pertenencia mutua y el gozo del amor compartido.

Este versículo ha sido considerado uno de los más felices de toda la Escritura, pues rebosa seguridad y alegría espiritual. Su tono recuerda la confianza expresada en el Salmo 23 cuando se afirma que nada faltará bajo el cuidado del Señor. Ambos textos revelan la tranquilidad que nace de una relación íntima con Dios.

Aunque la escena transmite paz y seguridad, también aparece una sombra: la ausencia temporal del amado. La mención de los montes de Beter sugiere separación y división, simbolizando aquellas etapas en que el creyente percibe distancia espiritual y experimenta tristeza interior.

La experiencia espiritual en la ausencia de Dios

Existen momentos en la vida espiritual en los que el creyente sabe que Cristo le pertenece, pero no disfruta plenamente de

la luz de su presencia. El corazón puede sentirse cubierto por una sombra de aflicción aun cuando la fe permanece firme.

En medio de esa ausencia aparente, el alma continúa proclamando: “mi amado es mío y yo suya”. La respuesta del creyente consiste en buscar a Dios con oración perseverante, esperando el momento en que despunte el día y las sombras huyan.

La importancia de una relación personal con Jesucristo

La relación personal con Jesucristo constituye el centro de la vida cristiana. El creyente desarrolla un interés profundo por conocerle, amarle y experimentar comunión viva con Él. El alma anhela una relación consciente, cercana y presente con su Señor.

Esta comunión se fortalece mediante la Escritura. Cada palabra bíblica se convierte en un pozo del cual beber o en una palmera cuyo fruto alimenta el espíritu. El creyente se acerca a la Palabra buscando al Cristo vivo que habla a través de ella.

El texto comienza con la expresión “Mi amado”, recordando que Jesucristo debe ocupar el lugar principal en el corazón humano. Él ha concedido dones inmensos, comprados con su sangre preciosa, y ha mostrado un amor incomparable hacia quienes ha redimido.

El reconocimiento y la experiencia inicial de Cristo

El creyente recuerda con emoción el momento en que conoció a Cristo por la fe. Fue un encuentro marcado por amor intenso, entusiasmo espiritual y profunda gratitud. En ese primer

despertar, el corazón respondía con alabanza sincera y dedicación total.

A veces resulta difícil evaluar si el amor hacia Cristo permanece vivo. Una manera de examinarlo es escuchar la predicación fiel y observar las propias reacciones del corazón. Cuando el alma contempla el sufrimiento y las lágrimas del Salvador, despierta nuevamente el amor verdadero y reconoce que lo ama más que a la vida misma.

La posesión y el amor exclusivo hacia Cristo

La afirmación “mi amado es mío” revela la naturaleza exclusiva del amor. El creyente no solo ama a Cristo, sino que desea pertenecerle completamente. El amor humano suele dispersarse entre muchos objetos, pero cuando Cristo conquista el corazón, se convierte en su centro absoluto.

El corazón sometido por la gracia coloca a Cristo por encima de todo afecto terrenal. Aunque se ame a la familia y a los seres queridos, el Señor ocupa el primer lugar. El cristiano permanece al pie de la cruz, que antes fue símbolo de maldición y ahora es fundamento de esperanza y confianza.

La belleza y el deseo de Cristo en el corazón del creyente

Quien ama a Cristo lo contempla como el más hermoso entre todos. Él se vuelve el todo en todo del creyente, el consuelo del alma y la fuente de verdadera paz. Mientras otros buscan seguridad en logros o placeres, el cristiano encuentra descanso únicamente en Jesús.

Aunque la frase “mi amado es mío” pueda parecer repetitiva, expresa una profunda necesidad espiritual. Los creyentes

enfrentan dudas y temores, por lo que repiten esta verdad para afirmar la seguridad que solo Cristo puede otorgar.

La seguridad en la posesión de Cristo

Amar algo no significa necesariamente poseerlo, pero el creyente puede afirmar con certeza que Cristo le pertenece. Las riquezas, el conocimiento o los logros humanos no acompañan al hombre más allá de la muerte, pero Cristo permanece como posesión eterna del alma redimida.

Cuando el creyente despierte a la vida eterna y sea transformado a la imagen de Cristo, podrá declarar plenamente que su amado es suyo para siempre. Ninguna riqueza terrenal puede compararse con esta posesión espiritual.

La victoria sobre la muerte mediante la posesión de Cristo

La muerte puede arrebatar todo lo material, pero no puede separar al creyente de Cristo. Para el cristiano, morir significa entrar en la plenitud de aquello que ya le pertenecía por fe. La muerte se convierte así en una puerta hacia el gozo eterno.

Incluso en la pobreza o la oscuridad terrenal, el creyente vive satisfecho porque posee a su amado en los cielos. Cristo se convierte en su mayor tesoro y su esperanza permanente.

La fe y la confianza en Cristo como salvación

La pregunta esencial es si el creyente puede decir sinceramente: “mi amado es mío”. La fe verdadera se aferra a

Cristo con firmeza, abandonando cualquier otra confianza. No se requieren señales extraordinarias, sino una fe sencilla que se apoye únicamente en Él.

Así como un niño se aferra a su madre, el cristiano se aferra a Jesús con amor y dependencia. Incluso una fe pequeña, comparable a un grano de mostaza, basta para la salvación cuando descansa plenamente en Cristo.

La consagración y pertenencia del cristiano a Cristo

El creyente pertenece a Cristo por elección divina, por la obra redentora de su sangre, por la acción del Espíritu y por su propia entrega voluntaria. Es oveja de su pasto, miembro de su cuerpo y participante de su amor.

Decir “yo soy suyo” implica vivir de manera diferente. El cristiano reconoce que su vida, sus decisiones y sus acciones deben glorificar a Cristo, pues ha sido apartado por gracia para Él.

La vida dedicada a Cristo y la práctica de la fe

La existencia del creyente tiene como propósito glorificar a Cristo. La verdadera fe no se limita a palabras o cantos, sino que se expresa mediante entrega, servicio y generosidad. Una vida cristiana superficial revela falta de consagración profunda.

Se anhela una fe que no permanezca solo hasta los tobillos, sino que se sumerja completamente en la entrega espiritual. El creyente busca poder declarar con sinceridad que todo en su vida pertenece al Señor.

La entrega total al Señor y la consagración espiritual

Cristo se entregó plenamente por su pueblo, y el creyente responde ofreciéndose enteramente a Él. Lo que no se consagra a Cristo queda dominado por la carne y pierde su propósito espiritual.

La aspiración del alma es vivir y morir para Cristo, pudiendo afirmar con verdad: “mi amado es mío y yo suya”, incluso en la presencia misma del Señor.

La búsqueda de Cristo entre su pueblo y en la Escritura

Cristo se encuentra entre su pueblo y en la comunión de los santos. El creyente lo busca participando en la vida de la iglesia y en las ordenanzas espirituales, especialmente en la comunión, donde se contempla su sacrificio mediante los símbolos del pan y del vino.

La Escritura revela la verdad divina, pero el objetivo no es quedarse solo con las palabras escritas, sino llegar al Cristo vivo que ellas anuncian. Allí el alma encuentra satisfacción verdadera.

La esperanza del despuntar del día y la presencia de Cristo

El alma que ama a Cristo anhela el despuntar del día en que todas las sombras desaparecerán. Ese amanecer definitivo llegará con la venida gloriosa del Señor o con el descanso eterno en Él.

Las sombras presentes —dolor, pobreza, enfermedad o recuerdos del pecado— serán disipadas. Entonces habrá únicamente

alegría, adoración y comunión perfecta con Cristo.

La comunión con Cristo y la respuesta del creyente

El amor de Cristo se describe como el de un corzo que salta sobre los montes, venciendo obstáculos y acercándose con rapidez a su pueblo. Él puede elevar al creyente desde la aflicción espiritual hasta el gozo más alto.

Por ello, el creyente es llamado a clamar a Cristo, expresar su amor y buscar su rostro con esperanza. La voz del alma que le busca no queda sin respuesta, pues el Señor responde con su presencia y con un gozo eterno que llena el corazón.